

Nuestra vida comienza en los bosques

El Nacional, 1958-12-12.

Se calcula que cada ser humano consume durante su vida un promedio de 300 árboles adultos.

¿En qué? En calefacción (lo que no gasta un venezolano lo quema un finlandés), en muebles, en ropa (hay muchas fibras textiles que salen de los árboles), en la construcción de viviendas, en la fabricación de miles de productos sintéticos derivados de la madera, en este papel de periódico que está mirando usted ahora. Por mucho que se desarrolle la industria del metal, nunca podrá sustituirla enteramente.

Afortunadamente, porque así tendremos siempre un pedazo de madera que tocar a la mano.

También se calcula que la familia humana realiza el milagro de un aumento vegetativo de 70.000 vidas por día. Eso quiere decir que llegan al mundo diariamente 70.000 cuerpos nuevos que vestir y que alimentar, y que esperamos que habitarán también sus casas, usarán sus cepillos de dientes y leerán sus periódicos.

¿Estaremos sembrando los 21 millones de árboles por día que necesitan?

Antiguamente, pongamos hace dos mil años, alrededor del 80 por ciento de la superficie terrestre estaba cubierta de bosques. Hoy se han reducido las zonas forestadas a menos de la mitad.

Acerquémonos un poco en el espacio y en el tiempo. Cuando los descubridores llegaron a Cubagua hace menos de 500 años, la isla estaba cubierta por un espeso bosque. Hoy, la isla de Cubagua es un pedregal.

La verdad es que el hombre está convirtiendo la Tierra en un desierto.

El hombre tumba un árbol de 100, de 200 años, muy fácilmente; con sólo arrimarle al tronco la hoja circular de una sierra mecánica.

Ninguna ciencia, ninguna técnica, es capaz de crear la portentosa vida de un árbol. Será necesario esperar otros 100 o 200 largos años para reemplazarlo.

Una casa que se tumba puede ser sustituida por otra con sólo levantar unos muros; una ciudad por otra con sólo construir unas casas nuevas, en cosa de unos pocos meses. Ningún adelanto científico o técnico puede corregir las consecuencias de la destrucción de un bosque.

Si la ciudad inglesa de Coventry o la vasca de Guernica hubiesen sido bosques, las huellas materiales hubiesen sido testigo de la barbarie nazifascista por cientos de años. Esta enorme ciudad de Caracas podría reconstruirse en un plazo de pocos años; dependería de los medios humanos y técnicos disponibles. Un bosque primigenio, como el de Guatopo, del que depende a corto plazo el suministro de agua de Caracas, no podría sustituirse sino en más de un millón de años.

¿En qué consiste la importancia de un bosque así?

Destruir un bosque es como exterminar una cultura.

Un bosque de árboles no es sólo una suma de palos. Como me decía el naturalista Arturo Elchler, un bosque es un mundo.

Este fenómeno de la interdependencia natural que va creando la naturaleza es conocido por *biocenosis*. En un bosque natural se ha llegado a un equilibrio tal de ese mundo de vegetación y de fauna, que cualquier alteración lo afecta. El solo hecho de abrir una pica en un bosque ya origina algunas mutaciones en su estructura. Como se modifican las condiciones de entrada de luz y de viento, la naturaleza reacciona inmediatamente, alternando sus funciones.

Por eso, la idea de crear *bosques puros*, o sea, sembrar plantas de una sola especie con la intención de crear grandes extensiones uniformes de árboles, resulta un error peligroso, porque perjudica a la tierra, se vuelve ácida, y no permite el normal desarrollo de la fauna, elemento tan necesario en la vida naturalmente equilibrada de una selva.

Regresando al ejemplo del bosque con la cultura: es como si una lengua convencional, el Esperanto, por ejemplo, pretendiese tener el contenido espiritual de una lengua que han conformado cientos de años lentos sedimentando las experiencias y los pensamientos y los miedos y las esperanzas y las alegrías de un grupo humano buscando laboriosamente las luces de la comunicación.

Nada puede sustituir estos bosques naturales en el mantenimiento del equilibrio natural de nuestro mundo físico, como no pueden las lenguas artificiales en el mundo de la cultura.

Un bosque primigenio de más de un millón de años de formación, como el de Guatopo, o los del Delta Amacuro, o el de Rancho Grande, no pueden ser sustituidos repentinamente por ningún otro sembrado ahora. Aunque se cuidasen técnicamente los detalles más mínimos para favorecer una biocenosis natural, tardaría cientos de años en producirse, y no sería nunca exactamente semejante, puesto que no se van a reproducir otra vez los climas y las circunstancias geológicas transcurridas.

Si Guatopo desaparece, no se tendrá, ni en miles de años, otro bosque igual.

¿Y qué hace que los bosques tengan tanta importancia en la creación de las condiciones naturales del hombre?

Ya dijimos en nuestro reportaje anterior, que la vida es imposible sin agua, y también que no hay agua posible sin lluvias. Pues los que ordeñan el agua de las nubes son los bosques.

Los bosques más valiosos son los que se llaman de altura, o también selvas nubladas, porque la zona de condensación favorable varía de mil metros para arriba.

Los árboles, con su humedad, con el aire fresco que producen, crean las condiciones favorables para la condensación. Cuando las nubes entran en su zona, se enfrían y se convierten en lluvia.

Otros bosques también muy importantes son los de vertiente, como el Junquito. Los vientos alisios empujan contra el cerro las nubes creadas con la gran evaporación del mar, y descargan su lluvia en toda esa zona alta próxima a Caracas. ¿Y qué más hacen los bosques para que se les conceda tanta importancia?

* * *

Al caer la lluvia en un bosque, las gotas chocan contra las hojas, y se rompen, perdiendo miles de kilos de su fuerza, y el agua se dispersa. Después cae sobre otro tupido colchón de musgos, de hierbas que evitan que el agua rompa la tierra y se la lleve cerro abajo, como un espeso chocolate fabricado con la cepa vegetal, que es la capa viva de la corteza terrestre. Dicho con otra palabra muy conocida entre nosotros: el bosque evita la erosión.

Esta lluvia que cae tan frenada y tan bien esparcida sobre la tierra, encuentra en el bosque una tierra ahuecada por los sistemas de raíces, que mantienen el suelo flojo, por donde el agua se introduce fácilmente. El agua que llega en condiciones tan favorables continúa después filtrándose, por su propio peso y fluidez, hasta formar los depósitos de agua del subsuelo.

Así, el bosque cumple con dos misiones vitales en beneficio del hombre: absorbe la humedad que necesita para seguir produciendo oxígeno y humedad, con su respiración (un árbol grande transpira 40 litros hasta mucho más de agua por día), almacena el agua que necesitamos a la vez que favorece la nutrición de la capa vegetal.

Esta agua que se ha ido filtrando lentamente ha ido disolviendo las rocas y otras sustancias de la tierra, nutriendo y revitalizando la capa vegetal, el organismo vivo que envuelve el planeta que habitamos y permite la vida del hombre.

De esos depósitos subterráneos se alimentarán capilarmente las plantas; de ahí nacerán los ríos con el Guaire y el Orinoco, los manantiales de agua, cerca de los cuales el hombre ha construido su vivienda desde que tiene inteligencia, porque el camino del agua ha sido siempre el camino del progreso del hombre.

* * *

No solamente hay necesidad urgente de salvar los bosques ya existentes, sino de sembrar inteligentemente otros nuevos que sean el sustento de muchas generaciones de venezolanos por nacer.

¿Y dónde se pueden sembrar? Según Arturo Eichler, y él sabe de esto, en casi cualquier parte, hasta en el desierto de Sahara. Se puede reforestar la falda del Avila tan bien como se puede convertir en bosque la Península de Paraguaná. Todo consiste en estudiar los terrenos y en elegir los tipos de árboles adecuados a cada uno.

Según él, en la parte baja del Avila se pueden sembrar aguaticillos, cujíes, mantecos, tara-amarillas, robles, cedros dulces, cipreses y eucaliptos. Aunque considera que hay que andar con cuidado en la selección de especies importadas, como estas dos últimas, hay algunas que pueden aclimatarse con ventajas aprovechables. Considera que junto a estas clases de árboles deberían sembrarse algunas ornamentales, como la guarupa, el bucare, el flamboyán, el apamate, que embellecería mucho, al mismo tiempo que hay que extirpar los pajonales, foco principal de los incendios forestales.

Las áreas como la de Paraguaná, de clima tropical y de suelo arenoso, recibirían muy bien al cují, al dividive, al indio-desnudo (llamado así porque se le desprende la corteza con facilidad), al olivo, al roble, a la tuna, a la acacia, al limoncillo y al guamacho, por ejemplo.

Pero lo más urgente ahora es conservar lo que ya se tiene lo que es imprescindible para la vida.

Parece ser que en la selva de Guatopo ya se están tomando algunas medidas contra los conuqueros; pero hace todavía un año la estaban destrozando.

Resulta triste que por ignorancia se esté talando y quemando un bosque primigenio, de un millón a millón u medio de años, para sembrarle unas papas o unas caraotas o unos cambures. Ya sabemos lo que hace el conuquero: siembra hasta que el agua se lleva la capa vegetal; entonces abandona el pedazo de hueso pelado que le queda y pasa a otro pedazo; hasta que el agua termina de llevarle toda la sustancia a la tierra. Esta destrucción sistemática de Guatopo es la misma que se observa en los Andes.

Arturo Eichler hace la consideración de que si el gobierno regalase las caraotas y los cambures que recogen estos conuqueros, el país saldría infinitamente beneficiado.

* * *

Aparte de estas razones, Guatopo es la única posibilidad futura para abastecer de agua sus cercanías, porque las otras de Aragua vierten sus aguas a otra cuenca.

En Guatopo nacen el Lagartijo, en el que se están depositando todas las esperanzas; pero su nutren de agua, además, el Taguacita y el Taguaza, que alimentan el Tuy. El Tuy, más arriba de estos afluentes, en verano es apenas un regato.

El río Lagartijo puede solucionar temporalmente las necesidades de agua de Caracas, pero esta cuenca, desgraciadamente, está deforestada. Con el tiempo habrá que subir hasta el Taguacito.

Y si desaparece Guatopo, no se está jugando solamente la suerte de la capital de la República, sino de todo Barlovento. Si desaparece el bosque de Guatopo se secarán el Cuira y el Cúpita y el Guapo, y el cacao y toda la enorme riqueza del valle de Barlovento se lo llevará el agua al mar. Ni para los peces, porque se irá en lodo.

* * *

Vamos a dejar de lado la necesidad de los 300 árboles que consumimos cada uno, y cuando pensamos en un bosque, calculemos solamente en la fuente de vida que es, desde los suministros de agua y oxígeno, hasta toda la producción de nuestros campos, y nos daremos angustiosamente cuenta de que sin bosques no hay vida posible.